



EDITORIAL DEL PACIFICO S.A.

PRINCIPIO DE MIS CAMPAÑAS

Yo, Hipólito Gutiérrez, en el mes de sectiembre, en el año de 1879, el día 10 de este mes, nos convidamos dos amigos y compadres, vivientes en Colton, subdelegación de Bulnes, jóvenes de un mismo tiempo, vivientes muy vecinos. Nos fuimos para Chillán a prestar nuestro servicio al Gobierno, con nuestro entero gusto, para ir para el norte, a Lima, a defender nuestra patria hasta morir o vencer por nuestra bandera chilena. Nos fueron a dejar dos hermanos a Chillán; el uno era hermano de mi compañero y el otro era hermano mío. A la despedida de ellos con nosotros lloraron al despedirse, diciéndolos del que ya no los iban a ver más, y nosotros, como pechugones, les dijimos: -¡No lloren, hombres, que esperamos en Dios del que hemos de volver a nuestra (h) tierras con vía y salud y los volvamos a ver; nadien muere mientras no se le llegue la hora ni unque andemos dentre las balas! Y se volvieron para sus casas muy consolados y nosotros nos fuimos para el cuartel haublar con el Comandante de Armas, y haublamos con él y le dijimos que íbamos a prestar nuestro servicio para el norte durante la campaña, y los recibió con mucho gusto, y los filiamos. Esto fues el día doce de seutiembre. Mi Comandante se llamaba Juan Antonio Varjas Pinoché (1). Y los siguieron dando diario todos los días de a veinte centavos. Estuvimos en Chillán hasta el día 22 de otubre, que ese día fué la salida para el norte, como a las seis de la mañana fues la salida, y a la salida del cuartel habían muchísimas mujeres aguaitando sus maridos, sus hermanos o sus hijos para despedirse de ellos, y entre ellas estaba mi madre, y me haubló en voz alta: -¡Adiós, hijito -llorando-, Dios quera que te vaye bien, que quizás no te veré más! Y le re (h) pondí yo sobre marchando: -No llore, madre, no se esté quitando la vía por mí, haga cuenta del que tal hijo ha tenido, que yo espero en Dios del que hay de volver: nadien muere mientras no se les llegue la hora. Y no haublé más con mi madre. Y los embarcamos en la máquina con el corazón acongojado y partido de dolor al haber visto a mi madre llorando; pero yo no redamé ninguna lágrima, el corazón duro y hacía pecho ancho, y me llevaba de un consejo, que el hombre que llora sólo se hace desgraciado. Y salió la máquina con el Batallón Chillán para el norte dijendo ¡Viva Chile!, cantando y bailando de contentos. Nos parecía que íbamos a una fiesta. El número de gente que lleva el Batallón son seiscientas plazas, y yo y mi compañero íbamos en la tercera Compañía

⁽¹⁾ Ver notas históricas en pág. 102.

que era el Comandante de ella mi capitán Don

Manuel Jesús Jarpa. (2).

Y seguimos andando y pasando por todos los pueblos y estaciones hasta que llegamos a Santiago en el mismo día. Llegamos a las 10 de la noche a la estación, y los desembarcamos sin la menor novedad y los fuimos alojar al cuartel de Santa Lucía. Llegamos a las doce de la noche al cuartel, y los estaban esperando con comidas hechas. Ya lotro día salimos del cuartel como a las ocho del día para la estación y los embarcamos para Quillota. En esa marcha yo tuve algo de temor por el camino malo, temiendo del que se desrilase la máquina en algún puente oen algún socavón tan largos que teníamos que pasar por debajo de los cerros, y tantas curvias que habían, y tan veloces que corrían los trenes. Y llegamos a la estación de Llay-Llay como a las doce del día, y a Quillota llegamos a la una de la tarde y los desembarcamos, y los llevaron auna casa enclausurada que había llena de arboledas, adentro del cuadro, que en esos días se había ido otro batallón de ái no más, que fué el Regimiento Lautaro que en el norte los juntamos.

Y los estuvimos en Quillota desde el día 23 de otubre hasta el día cuatro de noviembre. Lo pasamos muy buena vía con las quillotanas, que de todos los iban a vender adentro del cuartel, que adentro los hacían las comidas lo mismo que recova y ái los pagaron un sueldo, también mejor

lo pasamos.

morety of mismo dia, talegamos a las d'olderla

El día cinco de noviembre salimos de Quillota para Valparaíso. Los embarcamos en la máquina a las nueve del día, y los fueron a ver salir a la estación muchísima gente, pero más eran mujeridos tan cariñosas y tan amables que los desiaban toda felicidad en el norte, y los tiraban flores a los carros y plata también nos daban para el camino como si hubieran sido de mucho tiempo conocidas oubiesen sido parientas.

Seguimos la marcha vivando a Chile y llegamos a Valparaíso a las doce del día, desmontándolos y embarcándolos en los buques en el mismo día en un buque que se llamaba El Marilense (3). Esa noche salimos de Valparaíso a las doce de la noche para el norte, para Antofagasta. Caminamos toda la noche, ya lotro día amaneció cuase todo el batallón mariado, botaditos a la larga, sin poder levantar cabeza de mariados y sin ganas de comer, y yo muy sano y bueno, sin novedad, muy contento, y les hacía remedios a los enfermos que eran más conocidos y me riida con ellos que parecían que estaban ra (h) cados, y la causa era del buque tan malo, que tenía tan-

to balance que se balanciaba de babor a (h) tribor; y mi compañero Sandoval también tan alto, sin novedad. Anduvimos dos días sin ver tierra, no más que cielo y yaguas. A los tres días llegamos a Coquimbo como a las once del día. Los estuvimos todo ese día y esa noche, ya lotro día salimos de ái a las doce del día para el norte. Ese día en la noche los veímos muy apurados en las alturas de Coquimbo que llaman estaban las mares muy malas y el buque que era tan balanciador cuase se los hizo agua, que le dentraba agua sobre la proba y se azotaban los árboles del buque a una parte y a otra en l'agua. Era buque tan malo y tan sucio que no era capaz de sufrir en él. Harto padecimos en ese trasporte que después al poco tiempo se fues a pique con toda la tripulación que tenía. Nosotros tuvimos suerte que no los tocó la mala en él.

Navegamos seis días, seis noches. El día once llegamos Antofagasta entre las 10 y las 11 del día y los desembarcamos, la bahía bien mala, bastante brava la mar. Llegamos al cuartel a las doce del día cocidos de calor. ¡Qué puerto tan caloroso!, que ái fueron las calores que sufrimos primero y que no estábamos echos todavía. Ai en Antofagasta lo pasamos bien de comida, pero los calores eran insufribles, y tan arenoso y la arena salobre, que cuando salíamos a los ejercicios

tarde y mañana llegábamos inconocibles de tierra, y sudor y sé, ¡las de sé!, y la agua resacada tan mala que no podíamos apagar la sé.

Estuvimos en ese puerto diez y nueve días, y no tuvimos ninguna enfermedad, ¡y bonito puerto y la gente muy cariñosa!

Los embarcamos en ese puerto para Iquique el día último de noviembre (4), los embarcamos a la una de la tarde en el trasporte llamado El Itata, buque muy lindo y muy limpio y bien lijero que es para andar que andaba 15 millas por hora. Salimos de esa bahía para Iquique a las tres de la tarde. Navegamos dos días y medios, dos noches con toda la carrera del vapor. Llegamos a Iquique a las diez de la noche del día dos de diciembre. Ya lotro día el día tres los desembarcamos como a las tres de la tarde. Y vamos juntos con los carabineros de Nungay, que también los venimos juntos de Valparaíso. No los alcanzamos a desembarcar en ese día. Al otro día se desembarcaron todos los demás. Cuando dentramos al puerto, no se veía un alma, muy tal cual persona, los que andaban eran extranjeros no más; toda las puertas con llaves cerradas. El Regimiento Esmeralda y el Regimiento Lautaro no más estaban ái a nosotros los llevaron aun cuartel bien bueno y los acuartelaron sin puerta franca como 15 días. Estuvimos ocho días que los daban charque seco, galleta y arina tostada, y la agua muy escasa que medidita nos daban. Ai subfrimos mucho de la sé, el charque salado y la

galleta seca y la arina tostada más sé los daba, hasta que llegaron los rancheros que los daban la comida en Antofagasta. Entonces lo pasamos bien, bien comidos, y buen café que los daban por la mañana, y tres panes bien regulares que los daban al día y entonces y buena comida de carne y legumbres. Y los comenzaron a dar puerta franca. Ya los hallábamos en el puerto, porque los íbamos a bañar a la mar tarde y mañana. Ya se véida gente harta por la calle y se habían abierto muchas puertas, ya se veía gente peruana. Del temor de los chilenos del que no los matasen no salían a luz, estaban escondidos, y viendo que nada les hacían comenzaron a salir y abrir puertas, porque a ellos les habían dicho del que los chilenos iban (a) cabando con chico y grande, por eso se escondían. En término de un mes o más estuvo el puerto llenos de gente peruana y chilenas; hartos comercios de todas clases, hartas frutas, y bien bonita recova que había y bien bonito el puerto y muy mansita la bahía para el desembarque. Estuvimos en Iquique dos meses 22 días. Ai murieron muchos soldados del Batallón Chillán y de muchos otros cuerpos, de pestes y de fiebres y sinteria, y yo y mi compañero Sandoval tuvimos la suerte del que no enfermamos, tenídamos ramos de enfermedad, pero era poco. Ai harto padecimos con los calores en los ejercicios, que los sacaban aun desplayo arenoso, salitre, atormentados de polvo, de sudor y de sé, hasta que llegábamos al cuartel a descansar.

AÑO DE 80

caliche sacan, pintură y yodo para la plata, y sacan El día 25 de febrero salimos para San Antonio en la máquina, para el interior. Salimos a las ocho de la mañana en el tren. Repechamos en la máquina por una cuesta muy larga y bastante parada, que tenida de largo dos leguas, que daba miedo cuando íbamos por la cuesta, que mirar para abajo era de defancerse y para arriba también, ¡tan alto! Caminamos todo ese día para el interior, la linia muy curviada para allá y para (a) cá, y tantos carros que iban que agarraba más de dos cuadras de largo la cordelada de carros que daba miedo en las curvias que se desrilase. Ibamos dos batallones, Caupulicán y el Chillán, que así es que llegamos auna estación de cambio muy linda, y por la linia venida un cañón de agua para Iquique por toda la linia y no se merecía más agua en ninguna parte. Esta agua venida del Paso del Monte. Ai a esa estación llegamos como a las doce del día y salimos de ái a las cuatro de la tarde, porque habíamos hecho una salida y en una (h) curvias se los cortaron los carros, que cuase estuvimos averida y los volvimos para la estación que estaba inmedia-

to. Ibamos con máquina doble. Una máquina marchó con el Batallón Caupulicán y nosotros los quedamos aguardando hasta que llegó la otra máquina, llegó y los marchamos para el Paso del Monte con toda velocidad del tren. Y pasamos devisando la oficina de la Noria, establecimiento de trabajos de minerales de caliche, de donde muchas cosas del caliche sacan, pintura y yodo para la plata, y sacan azufre, y sacan sal fina, y sacan pólvora y varias cosas más que no me recuerdo. Y esa tarde llegamos al Paso al Monte como a puestas de sol. Toda esa marcha que tuvimos ese día en la máquina por unas pampas lobres, serranos, terrenos pelados, sin pa (h) tos ni árboles; sólo en la linia habían casas, pero adonde habían estaciones no más como a la distancia de 5 o seis leguas. Esa noche alojamos en el Paso del Monte. Esa fáurica son de máquinas resacadoras de aguas y esta agua va por toda la linia para Iquique, esta agua se va por cañones y por todas las estaciones.

SALIDA DEL PASO AL MONTE PARA EL. NORTE

Al otro día 26 salimos para el norte a las diez del día en la máquina el Chillán y el Batallón Caupulicán. Anduvimos en la máquina ese día dieciocho millas. Y por toda la linia habían establecimiento de fáuricas de trabajos de minerales de caliche como hai dicho ailante en artículo cuatro. Llegamos al fin de la linia que ya no había más tráfico de tren. Al último de los rieles habían dos carros llenos de agua dulce pero bastante desabrida; ya no llevábamos agua, ái agarramos agua todos, soldados y oficiales. Aquel lugar tan lobre y tan caloroso, pero ya por ái se veía algunos árboles, espinos maublino, porque ái en sus tiempo llovía algo, llanadas bien regrandes. Las cordilleras se veían no muy lejos al lado del poniente cordón de cerros. Cómo sería el llano de grande que se le cayó aun oficial un quitasol que llevaba y se levantó un vientarrón muy grande y se llevó cl paragüi y le siguió cargando un soldado y no lo pudo alcanzar que fué cosa almirable hasta que el soldado se gastó y lo dejo. El quitasol era blanco

y abierto que iba habríamos an (da) do como dos leguas y todavía se veía el parasol. Nosotros llegamos ái a esos estanques de agua como alauna de la tarde y lo estuvimos ái hasta las seis de la tarde. Aquel viento tan fuerte y tanta tierra que volaba que no los conocídamos de entierrados ya emprendimos la marcha de a pié todos equipados y cargados con la cama muchila a la espalda y el rifle y la fornitura y con la caramayola de agua, el morral lleno de balas y de víveres que nos habían dado víveres para dos días. Seguimos andando y se los escureció todos entierrados abollados los pies caminamos toda la noche sin dormir una pestañada y aquella sé tan grande que los daba en la noche, pero era de tanto que sudábamos y tanta tierra que volaba que más se los secaba la garganta. El bien que nos daban descanso a la legua poco más o menos. Nosotros el Batallón Chillán íbamos adelante y el Caupulicán atrás a una vista. Yo con mi compañero Sandoval no los apartábamos un momento unos con otros los cuidamos y los protejídamos: un cigarro que hubiera tenido el uno le combidaba al otro y así sucesivamente lo hacíamos. Al otro día no los co (no) cídamos unos a otros las caras mortales llenas de tierra, el caliche que volaba con el sudor de la marcha cuajado en la cara soldados y oficiales, tantísimos arenales que en vez caminar para ailante para atrás, para atrás, y así de todos modos los mortificábamos que no teníamos alivio y de sé que la agua se los había acabado en la no-

che y por ái no se merecía agua y los soldados iban quedán (do) se cuase todos melgados y yo y mi compadre Sandoval íbamos haciendo penas de valor por no quedarlos atrás porque era para peor, era morir de la sé, porque no bía amparo. Repechamos un cerro y devisamos un carretón con un carro de estanque de agua para nosotros aencontrarnos porque ya sabían que nosotros íbamos. Este carro lo trae un paisano carretonero y viene de Agua Santa, que ese es un pueblecito muy lindo que se alcanzaba devisar. A lo que devisamos el carretón los mandamos derechito adonde él cuál llegaba primero y tan abollados que llevábamos los pies. Ai tomamos agua y aquella agua tan linda y tan buena que no los podíamos satifacer y los pobres que se habían quedado atrás esos venían sufriendo todavía y el Caupulicán también lo habíamos dejado muy atrás. De ese batallón murieron tres soldados en la marcha de la sé, y el Chillán hubo suerte que ninguno murió. Y continuamos la marcha para ailante a un campamento llamado Dibujo, que era pueblo de oficinas de trabajos, pero estaba solo sin paisanos, lo que habían ái el Regimiento de Cazadores del Desierto. Como la (h) nueve del día ya yo no podida andar de los pies todos hechos pedazos de empollas y mi compañero Sandoval lo mismo, pero iba mejor que yo. Nos parecía que ya íbamos a llegar ya, pero se estiraba tanto la pampa, la melgaba, tan larga agarra como tres leguas donde van esparramados. Co-

mo a la (h) once ya le dije a Sandoval: -Yo no puedo más andar de los pies todos empollados. Los llevaba con medias envueltos en pañuelos, pero nada me favorecía y sin poder echar a pies pelado por la causa del calor que estaba la arena como re (h) coldo, ya me boté a la larga como muerto, aunque mala comparación, lo mismo que un bruto cargado, y el sol que me quemaba vivo. Vienen pasando un capitán y un subteniente y les oía una voz que dijeron: —Allí hay un soldado botado. Y pasaron y me dijeron: —¿Qué estás haciendo ái, hombre, al sol, que te puedes morir ái sin amparo ninguna? Y levanté la (ca) beza y los conocí y les re (h) pondí: -Mi capitán, ya no puedo más de los pies hechos pedazos. -Levántante no más y vamos andando, que ya vamos a llegar ya. Me levanté y seguí a más no poder, cuase sin vía y sin alientos, llegué cuase a la ra (h) tra al campamento, llegué yce una sombra de unos gangochos y de mi manta y me acosté a dormir cansado y trasnochado sin dormir nada en la noche. Ai ya empezamos a padecer de hambre y de sé. Ai en ese campamento estuvimos dos días y medio. Llegamos ái el día 27 de febrero; estuvimos el 27 y el 28, en la noche hubo un revoluto muy grande que hubie-ron averías que murieron dos hombre y otro herido, un paisano y un melitar murieron que de esta manera el suceso que sucedió en la noche como a la (h) doce viene una máquina de Pisagua para Agua Santa. Estaba todo rodiado el campamento

de centilenes y de avanzada y viene la máquina y le preguntan el quén vive y el maquenista no responde nada pensando que sería gente enemiga la que había ái porque no se vían que nosotros estábamos ái y los centinelas pensaron del que era el enemigo el grupo que veían y el ruido que traía la máquina parecía grupo de caballería. Les comenzamos a dar fuego y se formó un grandísimo alboroto, tiros y más tiros. Todos los levantamos dormidos, asustados; ¡el enemigo, el enemigo!, y dar bala para una parte y a otra y los capitanes sin poder sosegar a los soldados; al cabo se sosegaron que si hubiese sido enemigo la mortandá habría sido muy grande. Aun paisano palanquero que iba en la máquina se le pegó un balazo en el miembro, murió al tiro, y un soldado del Caupulicán también le pegaron y aun primero del mismo Batallón; el soldado murió al otro día y el primero alivió de la herida. Catorce leguas anduvimos de a piés hasta Dibujo.